

Monumentalización y evocación en el paisaje de Tebas occidental, Egipto

Submetido em Julho/2015

Aceito em Julho/2015

Liliana M. Manzi¹

RESUMEN:

En la monumentalización del paisaje tebano intervinieron templos de millones de años y tumbas privadas como parte de una estrategia que testimoniaba la relevancia alcanzada por ciertos actores sociales durante el proceso de ocupación de la necrópolis y la perpetuación que alcanzaron en su consolidación.

En este proceso la toma de decisiones operó, entre otras situaciones, respondiendo a fines visuales -ver y ser vistos- y discursivos -transmitir mensajes mediante alusiones a personas, divinidades y acciones- en la organización territorial.

Mediante la selección de lugares en el emplazamiento de templos y de sectores del paisaje -distritos en donde se concentran tumbas- se estableció una jerarquización del espacio, en donde cada estructura arquitectónica tuvo por meta ser omnipresentes y exponer las interacciones entre actores sociales, específicamente entre quienes mandaron a construirlas, quienes fueron venerados y sus beneficiarios.

En este sentido, cada construcción individualmente o en conjunto formó parte de un sistema de comunicación "evocativo" y en ocasiones "invocativo", estructurando redes sociales y articulando decisiones políticas y preceptos religiosos.

Palabras claves: Paisaje - Monumentalización - Red social - Tumbas y templos - Evocación

ABSTRACT

In the Theban landscape monumentalization intervened temples of millions of years and private tombs as part of a strategy that testified to the importance achieved by certain stakeholders during the occupation of the necropolis and the perpetuation achieved during their consolidation.

In this decision making process operated, among other situations, responding to visual and discursive purposes -by allusions to people, divinities and actions- in the territorial organization. In this sense, each construct individually or jointly formed part of a system of "evocative" communication and sometimes "invocative" structuring social networks and articulating policy decisions and religious precepts.

Keywords: Landscape - Monumentalization - Social network - Tombs and temples - Evocation

¹ Dra. Universidad de Buenos Aires, Área Antropología, Especialización Arqueología. Investigadora CONICET y Docente-investigadora Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras.
lm_manzi@yahoo.com.ar

Introducción

En la margen occidental del Nilo se encuentra el Valle de Nobles y comprende una porción de la necrópolis tebana. En este espacio se distribuyen templos de millones de años y tumbas privadas abarcando los distritos de el-Tarif, Dra Abu el-Naga, Deir el-Bahari, el-Assasif, el-Khokha, el-Qurna, Qurnet Murai y Deir el-Medina (Figura 1).

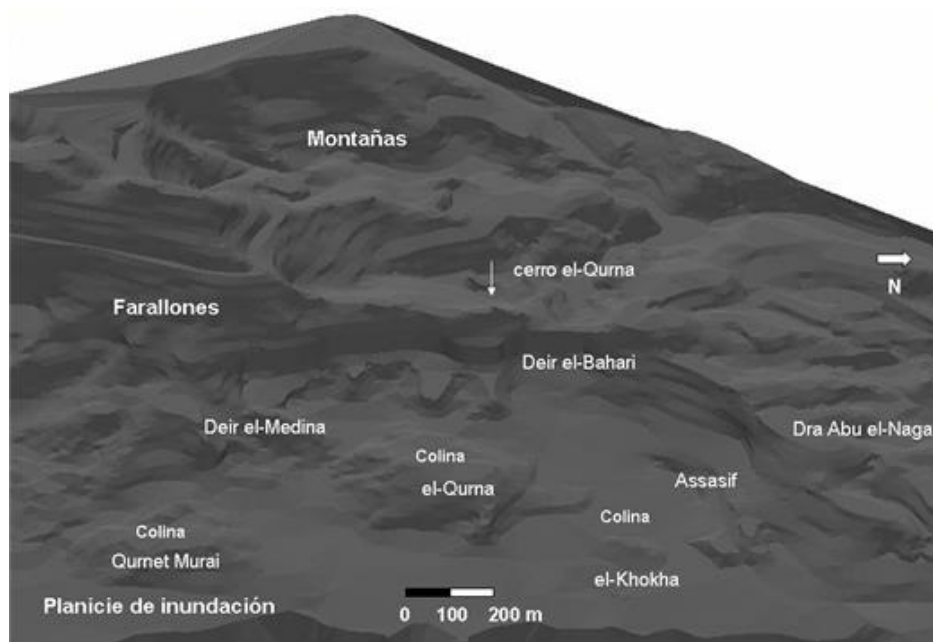


Figura 1. Unidades geomorfológicas y distritos

El proceso de ocupación del área se extendió por unos 2500 años consolidando un paisaje monumentalizado, cuya función principal fue el desarrollo de prácticas rituales. Los templos, en su carácter de construcciones oficiales, habrían sido edificados al inicio del reinado de cada faraón, debido a que en ellos tenía lugar su glorificación, la rendición de honores, el cumplimiento de funciones mítico-religiosas y redistributivas de los bienes allí acumulados. Las tumbas fueron otorgadas a miembros de la elite en virtud de sus rangos - cargos y títulos-, previendo que los mismos eran mantenidos después de su muerte.

En este marco, la distribución de monumentos muestra una selección de lugares sustentada en la toma de decisiones, evidenciada en relaciones de vecindad y contacto visual entre estructuras y son indicativas de la conformación de redes sociales.

Paisajes, Actores e Instituciones

Una forma de percibir el paisaje es mediante el reconocimiento de las fisonomías que asume a lo largo de un recorrido físico o visual. Las unidades geomorfológicas identificadas en Tebas occidental comprenden la planicie de inundación del río, la depresión de el-Assasif, un sector de colinas -el-Qurna, el-Khokha y Qurnet Murai-, los farallones del macizo tebano -Deir el-Bahari y Deir el-Medina- y el cerro el-Qurn-. (Figura 1).

Esas unidades geomorfológicas no sólo conformaron el sustrato geológico sobre el que se distribuyeron tumbas, templos y vías procesionales, sino que algunas geoformas pudieron ser dotadas de significación simbólica (Manzi 2012; Pereyra *et al.* 2013): en alusión al mito de la creación, con la emergencia de la montaña primigenia de las aguas del caos (Strudwick y Strudwick 1999); el culto a la diosa Hathor, soberana de la necrópolis y protectora de la realeza, representada como una vaca saliendo de la montaña (Cienfuegos y Ojeda 2014; Pereyra 2012); la excavación de hipogeos en sustento de la renovación cósmica (Pereyra *et al.* 2013) y el culto solar, con el sol saliendo y ocultándose detrás y entre las montañas (Manzi y Pereyra 2012).

El proceso de ocupación y diferenciación del paisaje se activó a partir de la selección de lugares para el emplazamiento de monumentos reales, constituidos en residencias de los dioses y sedes de celebración mítica y religiosa, actuando como nodos organizadores del ordenamiento territorial y de la circulación humana y de bienes. Las tumbas fueron contenedoras de las momias de sus beneficiarios y de su parentela, además de localizaciones en donde se honraba su memoria y se integraba al difunto durante la celebración de festividades con sus parientes vivos, la elite propietaria de otras tumbas y la realeza.

La percepción que se obtiene del paisaje a través de los sentidos es mediante procesos cognitivos captada de forma conceptual, diferenciando e incorporando en una estructura de sentido rasgos naturales y culturales, que hace posible su interpretación y la generación de actitudes y acciones.

La distribución de estructuras en cuanto a sus relaciones de vecindad y de prominencia en el relieve son expresivas de una sintaxis organizativa de carácter evocativo, al exhibir acciones ocurridas en el pasado y conservarlas vigentes. Asimismo, cada edificio cumplió funciones "invocadoras" de intervenciones divinas, que en el ámbito público se orientaron al mantenimiento del orden -material e ideológico-, venciendo la amenaza que representaba el caos interior -fragmentación política- y exterior -los extranjeros y la

frontera-. Mientras que en el ámbito privado, garantizaba la regeneración vital, necesaria para que los ciclos recomiencen.

La monumentalización del paisaje y el ordenamiento territorial resultante se originó mediante acciones, que a pesar de que se reconozcan algunos actores individuales, en ningún caso fueron de índole personal, sino integrando estructuras sociales en las que en ocasiones predominaban las relaciones de parentesco -estructura corporativa (*sensu* Feinman 1995)-, mientras que en otras se destacan las jerarquías por títulos y cargos -estructura de red (*sensu* Blanton *et al.* 1996)-.

La realeza, el faraón y su linaje, se adscribe a esta última forma organizativa, aunque también era posible que participaran de esta estructura algunos altos dignatarios del estado. Su expresión en la apropiación de lugares en el paisaje puede observarse en el mayor tamaño alcanzado por sus monumentos conmemorativos, sus ubicaciones en relación con la circulación ritual y las relaciones de proximidad a rasgos culturales y naturales con valoración simbólica. No obstante, es probable que contuviesen componentes corporativos, observables en el culto a los antepasados; siendo esta la forma de organización más frecuente entre la elite de menor rango, cuyo rasgo más preponderante habría sido el de posibilitar el acceso a tumbas y sepulcros a la parentela del beneficiario original.

El patrón distribucional de tumbas y templos es representativo de la forma e intensidad del poder ejercido por los gobernantes en sus reinados (Manzi 2012); dado que uno de sus objetivos fue inducir percepciones, generar actitudes y mantener la memoria entre los actores sociales en sus distintos estratos jerárquicos.

El acceso a lugares para la construcción de tumbas habría sido alcanzado mediante arduas negociaciones, incluso de mayor envergadura que la de obtener los materiales y la mano de obra para su construcción y decoración, puesto que ésta se encontraba ya disponible y a cargo del estado. Mediante esta negociación se generaba un patrón distribucional que tenía por meta garantizar la vigencia y la evocación de preceptos políticos, sociales y religiosos.

En el paisaje construido la articulación de las nuevas estructuras con las preexistentes era representativa de la expansión de las redes sociales, como manifestación de la ampliación de la elite, lo que a su vez podría ser una evidencia de la forma e intensidad del poder ejercido por los diferentes gobernantes (Manzi 2012); puesto que es esperable que la concesión de monumentos se concretase mediante la celebración de alianzas, como materialización discursiva del mantenimiento de un ideal de orden, del que

el faraón era garante; generando percepciones, actitudes y memoria cultural (Assmann 2008).

La monumentalización del paisaje

Monumentalización es entendida como una estrategia constructiva de obras distribuidas en el espacio regional que conlleva un ejercicio perceptivo visual y mental (Criado Boado 1993). Los monumentos son una forma de materialización de discursos que se transmiten y perciben de forma sensorial, donde la modalidad visual fue quizás la más evidente, pero no la única. Puesto que cada estructura estuvo inmersa en una "atmósfera" conformada también por componentes auditivos -vegetación agitada por el viento, etc.-, olfativos -quema de esencias, etc.-, y banquetes de tipo gustativo y representativos, plasmados en la iconografía (Manzi y Pereyra 2014).

La monumentalidad alcanzada por los templos de millones de años se sustenta, no sólo en sus grandes dimensiones, sino también en ser representativos de la ideología política, económica y religiosa del estado, y tenía expresión en sus planos arquitectónicos mediante la segregación de sectores con accesos restringidos, la utilización de materiales de construcción de procedencia alóctona -areniscas y granitos-, selección de temas de decoración -conmemorativa de acciones, personas y dioses- y la elección de lugares de emplazamientos -conectando posibles contenidos simbólicos atribuidos a ciertos rasgos del paisaje y vinculaciones sociales-.

El conjunto de estas características contribuyen a la monumentalización del paisaje entre las que se destacan la alta visibilidad de las construcciones, en su efecto visual directo y como imagen mental mediatizada -evocación e invocación-. En este ordenamiento territorial, los templos de millones de años se desempeñaron como nodos ordenadores de redes sociales, dada sus características arquitectónicas -dimensiones, materiales, decoración, etc.- y relacionales -localización, vecindad con otras estructuras, etc.-. Así por ejemplo, estas estructuras habrían operado como aglutinadoras de tumbas en sus inmediaciones, ya sea de nobles que sirvieron en esas instituciones (van Dijk 1988) o de quienes obtuvieron la concesión durante el reinado del faraón a quien estaba dedicado (Manzi 2012). Los pilonos, por ejemplo, que conforman el ingreso a los templos se levantan entre unos 20 y 25 m por encima del nivel de suelo, logrando una prominencia edilicia y visual, cuya perduración excedía el reinado del faraón que construyó el monumento.

Las tumbas privadas también intervinieron en la monumentalización de la necrópolis, desempeñándose como nodos subordinados en la red de relaciones sociales. La excavación de los hipogeos pudo sustentarse en la existencia de relieves naturales -colinas- con sugerentes alusiones simbólicas con la montaña primigenia y el culto a Hathor y con la cercanía a localizaciones dotadas de significación simbólica y social, tales como templos de millones de años o tumbas asignadas a parientes o miembros de la elite de mayor jerarquía. Su mayor expresión edilicia fue alcanzada de forma subterránea, conformada por corredores, vestíbulos, capillas, galerías y sepulcros. Son pocas las estructuras que aún conservan desarrollos externos visibles, tales como pílonos -TT34, tumba de Monthuemhat y TT279, tumba de Pabasa- y piramydiones, que se alzaban por encima de la fachada de ingreso.

La ocupación de la necrópolis tebana comenzó en el Reino Antiguo, dinastía VI (*sensu* Saleh 1977) y continuó con diferentes intensidades hasta el advenimiento del cristianismo, con el abandono como lugar de culto funerario. En este proceso se destaca que después de la reunificación política e ideológica de Egipto por Mentuhotep II, en el Reino Medio -ca. 1991-1785 a.C.-, dinastía XI, Waset (Tebas) se constituyó en capital, e hizo construir su templo en proximidad de los farallones de Deir el-Bahari. Momento a partir del cual se observa un uso intermitente de la necrópolis hasta alcanzar su máximo desarrollo hacia fines del Reino Nuevo -ca. 1550-1070 a.C.- (Tabla 1 y 2).

Los templos de la margen occidental se vincularon mayormente con la figura del faraón, en referencia a su autoglorificación y cumplimiento de funciones económicas y religiosas. Motivo por el cual, su construcción debió conformar una de las primeras acciones de gobierno (Manzi 2012).

Localización	Dinastía	Faraones
Deir el-Bahari	dinastía XI	Nebhepetre Mentuhotep II
	dinastía XVIII	Hatshepsut
		Tutmosis III
Deir el-Medina	dinastía XIX	Seti I
		Ramsés II
	Ptolemaica	Templo de Hathor
Dra Abu el-Naga	dinastía XVIII	Amenofis I y Ahmes Nefertari
	dinastía XIX	Seti I
	dinastía XX	Ramsés IV
el-Qurna	dinastía XVIII	Tutmosis III
	dinastía XIX	Ramsés II -Ramesseum-
Qurnet Mura'i	dinastía XVIII	Tutmosis IV
		Amenofis III
	dinastía XIX	Merneptah
		Siptah
		Tauseret
	dinastía XX	Ramsés IV
Medinet Habu	dinastía XVIII	Tutmosis II
		Amenofis hijo de Apu (Amenofis III)
		Tutankamón / Ay / Horemheb
	Ptolemaica	Complejo de templos

Tabla 1. Templos de millones de año por distrito y cronologías

La distribución de templos en el paisaje describe un patrón agrupado conformado a partir del emplazamiento del templo de Mentuhotep II, dinastía XI, cuya localización podría sustentarse en la proximidad física y simbólica con el sector de montañas y con el cerro el-Qurn. En la dinastía XVIII, la decisión de reocupar este espacio por Hatshepsut para la construcción de su templo se podría sustentar en una apelación a la continuidad ideológica con la figura de aquél faraón. En parte las intenciones de Tutmosis III de construir uno de sus dos templos en su vecindad, pudo también sumarse a este ideal de continuidad, a la que se habría agregado la finalidad de interferir con la memoria y el culto a su predecesora, debido a los avatares de la sucesión real a favor de su hijo Amenhotep II.

Un patrón lineal es descripto por los restantes templos que se disponen a lo largo de la planicie aluvial -en un sector bajo del relieve-, posiblemente con la intención de facilitar el acceso de las procesiones que se desplazaban desde la margen oriental, e inducida por la búsqueda de una “ubicación preferencial” que les permitiera entablar contactos visuales directos durante su desarrollo (Figura 2).

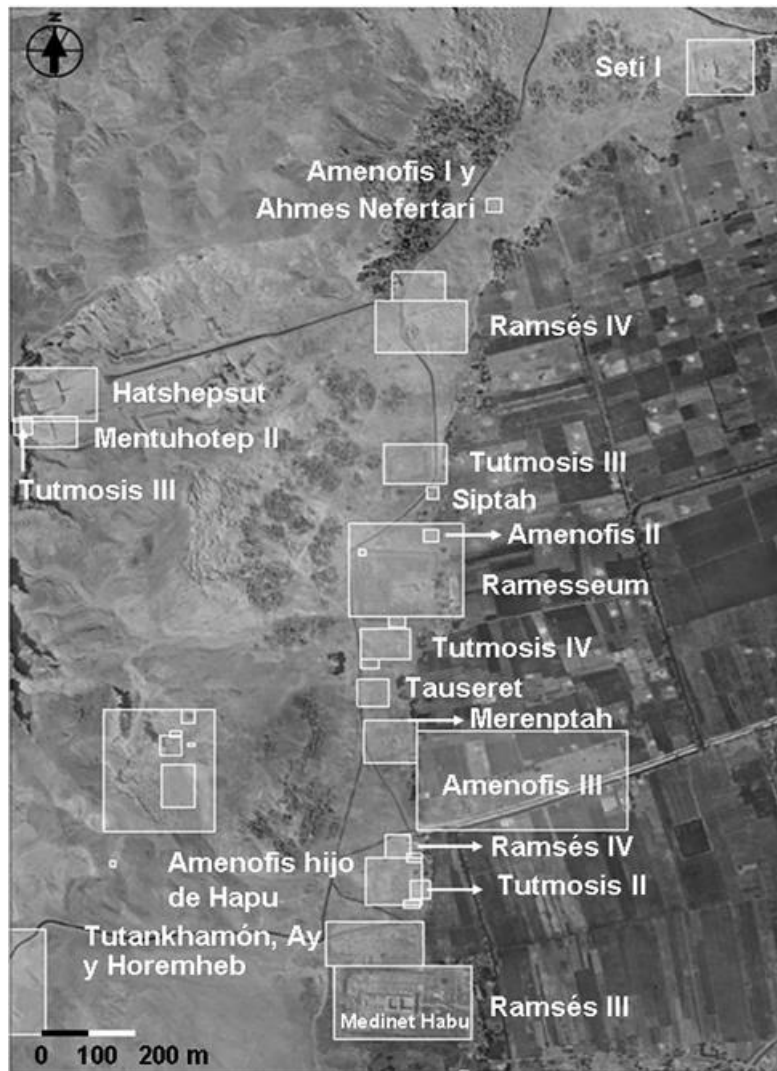


Figura 2. Templos de millones de años: patrones distribucionales.

En las celebraciones oficiales, los templos de Luxor y Karnak, ubicados en la margen oriental del Nilo, desempeñaron un rol preponderante como punto de inicio de las procesiones rituales que se desplazaban entre ambos templos y cruzaban el río para continuar, en la margen occidental, su tránsito terrestre hasta el templo del faraón oficiante.

Las tumbas privadas identificadas ascienden a unas 904 estructuras (OLGIS-TN 2009-2010), sin embargo, los monumentos que cuentan con alguna clase de adscripción cronológica suman 415 (Porter y Moss 1970, Tabla 2). Un posible criterio para su otorgamiento podría haber sido la celebración de alianzas con la realeza, por lo que se especula que tales beneficios hubieran sido concedidos también al inicio de los reinados (Manzi 2012), y tal vez mantenidos en el tiempo ante eventuales ampliaciones de la burocracia, como respuesta a una expansión del poder real o territorial.

		Distritos							
Reinados / Períodos	Dinastía	Deir el- Bahari	Deir el- Medina	Abu el Naga	el- Assasif	el- Khokha	Qurnet Mura'i	el- Qurna	Totales
Reino Antiguo	VI					3			3
1er. Período Intermedio						3			3
Reino Medio	XI	10			2	2		3	17
	XII							1	1
2do. Período Intermedio									s/d
Reino Nuevo	XVIII	2	6	40	2	30	4	102	186
	XIX		26	14	8	16	1	17	82
	XX		21	29	6	9	11	15	91
	XXI	1						2	3
3er. Período Intermedio	XXV			1				2	3
	XXVI	1		1	19	2		2	25
Período Ptolemaico							1		1
	Totales	14	53	85	37	65	17	144	415

Tabla 2: Tumbas privadas por períodos y distritos

Tanto la arquitectura como la decoración fueron representativas de las redes de relaciones establecidas entre lugares, personas y deidades, con la meta de representar hechos concretos en lugares específicos, de forma que la propia estructura “garantizara” el “correcto” cumplimiento de la práctica ritual y a la vez anular toda ambivalencia en el posicionamiento terrenal -social- de los protagonistas, y que se mantenía en el más allá.

Percepción y evocación

En el Egipto antiguo el comportamiento ritual fue una expresión del poder político y religioso del estado, motivo por el cual su simbología trascendía a los individuos y sus linajes. La realeza y la nobleza se desempeñaron como miembros de una burocracia que ejecutaba políticas de gobierno, por lo que sus acciones estaban integradas a las instituciones en las que ejercían sus funciones, y no eran decisiones exclusivas de su persona. En consecuencia, sus decisiones no debieron representar sus voluntades, sino expresiones de un colectivo organizado ideológicamente.

En este sentido, se sostiene que el otorgamiento de tumbas, la acumulación y distribución de bienes prescindían de las personas que ocupaban cargos, pero no de la existencia de los cargos que ejercían las personas. Salvando el juego de palabras, se sostiene que los cargos funcionaron como entidades en sí mismas y que su existencia era esencial para el funcionamiento del estado. Debido a que los cargos estuvieron ocupados por individuos, quienes lo ejercían generaron una red que se superponía a la estructura

administrativa, conformando grupos de poder para, a través de ellos, consolidar alianzas e intervenir en las negociaciones por la sucesión real.

El desempeño práctico de los miembros de las elites como funcionarios especializados estaba secundado por una parafernalia simbólica que reubicaba a las personas -discursiva y efectivamente- dentro de esferas de prestigio y poder, sobre las que establecían y sustentaban las diferencias de rango. Entendidas como la conjunción de títulos y cargos sobre las que se organizaba la red de relaciones sociales. Estas prerrogativas eran a su vez las que les permitían ejercer funciones.

En esta organización política y social, las construcciones; además de cumplir funciones específicas, tales como contener momias, depósito de bienes, etc.; fueron también sustentadoras de aspectos inmateriales del comportamiento humano al poner en evidencia los esfuerzos privados y oficiales para marcar diferencias y cercanías entre instituciones y personas, y además preservar la memoria evocativa en el paisaje en el plano póstumo.

Los templos además de ser lugar de prácticas rituales y ámbito de desempeño de burócratas fueron también residencia de sacerdotes. Motivo por el cual la intensidad de uso, medida en lapsos de permanencia en esas localizaciones, fue alta, debido a su uso fue continuo. A la vez que también eran visitados ocasionalmente durante las celebraciones. En cambio, las tumbas fueron lugares de culto y celebración de ritos funerarios de índole parental, visitadas de forma esporádica durante los ritos de enterramiento, propiciatorios de la renovación divina y de culto a la memoria. Cabe mencionar que algunas de estas celebraciones estuvieron enmarcadas en prácticas rituales definidas por calendarios oficiales.

Los lugares de emplazamiento de las tumbas, sus desarrollos constructivos y decorativos, dieron muestras del posicionamiento social de sus beneficiarios y de las relaciones entabladas con el Estado y entre sus dignatarios. En consonancia con esta situación se posicionaron como nodos subordinados en el ordenamiento territorial, siendo precisamente los atributos antes mencionados los que exponen los esfuerzos por mantener interrelacionados a sus propietarios dentro de la estructura de poder.

En este aspecto se diferencian las acciones públicas de las privadas, puesto que las primeras tuvieron la facultad de direccionar la prominencia visual de las estructuras, la circulación ritual y operar sobre la memoria evocativa, al modificar o destruir monumentos y registros a favor del resaltamiento, mantenimiento o menoscabo. Entre las segundas, la más alta diferenciación social dentro de la elite, siempre que los plazos entre la

construcción y la muerte del beneficiario de un monumento lo permitieran, se plasmaban inicialmente en la mayor complejidad alcanzada por la estructura a partir de un plano básico, sea en: la profusión decorativa; las relaciones exaltadas en las representaciones murales, los elementos ornamentales con que fueron dotadas -columnas y pórticos- y su ubicación en el espacio. En relación a este último rasgo se señalan: la cercanía a templos de millones de años y vías procesionales, en cuanto a sus vinculaciones con el poder político y religioso, y a tumbas de otros miembros de la elite, de jerarquía semejante o superior en la estratificación social.

En el proceso de monumentalización del paisaje el templo de Mentuhotep II habría ejercido influencias en la reocupación del área en el reino nuevo. Es posible que se instituyera como un nodo con significación evocativa en las redes de relaciones que se tejieron contemporáneamente y *a posteriori*. Más tardíamente, los templos localizados a lo largo de la planicie de inundación del río parecen enfatizar la elección de una ubicación preferencial para establecer conexiones visuales directas con los templos de la margen oriental y con el desarrollo de procesiones rituales.

El acceso y el ingreso al interior de los templos indican que la práctica ritual se desarrollaba básicamente en ámbitos con accesos restringidos, a los que accedían sólo algunos funcionarios y donde el principal agasajado era el dios y el faraón. En consecuencia, el desarrollo y exposición pública durante estas celebraciones, en el sentido de involucrar a la mayor parte de la elite, era breve y finalizaba con el ingreso de la procesión al templo. Una vez allí, la participación continuaba reduciéndose cada vez más, a medida que los celebrantes se internaban en sus dependencias.

El templo de Hatshepsut es el monumento emplazado a mayor distancia de la margen del río y en más estrecha proximidad con las montañas, plasmando su vinculación con el mito de la creación -montaña primigenia-, adhiriendo al culto solar -cerro el-Qurn-, honorando a Hathor -con su santuario en la montaña- y manteniendo vigente la memoria de Mentuhotep II. A la vez que su elevada posición en el relieve regional garantizaba el contacto visual de todo el trayecto recorrido y de los templos de Karnak y Luxor. Esta ubicación, asimismo, implicaba un recorrido más extenso de las procesiones que transitaban por vías procesionales atravesando el-Assasif hasta arribar a Deir el-Bahari.

Este alargamiento de la distancia recorrida por la procesión para alcanzar el ingreso al templo oficiante debió ser parte de una estrategia para aumentar el tiempo de exposición a la vista de los nobles, quienes participaban de las celebraciones desde los patios de sus tumbas, logrando de esta forma prolongar la “participación pública” de la elite. Podría

pensarse en una intención concreta de expandir las celebraciones sin ampliar el ingreso de los miembros de la elite al templo mediante la ampliación de las posibilidades de "ver y ser vistos", en lo que se considera, un estado en expansión, con una burocracia en aumento que necesitaba ser integrada en las prácticas oficiales a cambio de consenso.

Los dos templos erigidos por Tutmosis III podrían vincularse con lo anterior, pero a la vez enfatizar su vinculación con la nobleza. Así, el templo construido en el-Qurna, que cronológicamente precede al levantado en Deir el-Bahari, se posicionaba en una "ubicación preferencial" en cuanto a las conexiones visuales entabladas con el desarrollo de las celebraciones que se iniciaban en la margen oriental, al mismo tiempo que se emplazaba en medio de las tumbas de nobles como una forma de exhibir o destacar sus vínculos con la elite. En tanto el templo edificado en Deir el-Bahari, además de materializar su intención de menoscabar la evocación a su antecesora Hatshepsut y de hacerse de la alta valoración que aún sustentaba Mentuhotep II, se prolongaba el recorrido procesional con un aumento en el tiempo de "exposición pública" de la celebración ritual.

Discusión

La monumentalización del paisaje es una materialización de las representaciones mentales de las acciones instrumentadas por el estado, en la que los individuos y linajes nobles tuvieron participación mediante el acceso a determinados lugares a los que accedieron por y para exhibir sus posicionamientos en las redes sociales de la que formaron parte.

En la organización del territorio cada estructura, dependiendo de su carácter privado o real, y en función de sus tamaños, formas y decoración alcanzó una percepción diferencial en la evocación de personajes, momentos y acciones. A la vez que bajo ciertas circunstancias, también protagonizaron un rol invocador de benevolencia y protección en la adoración de deidades y en el culto a los antepasados.

El accionar del Estado como agente sustentador de simbología religiosa monumentalizó el paisaje regional mediante la construcción y sostenimiento de templos y tumbas. Estas últimas, a pesar de haber sido otorgadas a personas individuales, el beneficio y los mecanismos de otorgamiento se activaban en función de los títulos y cargos. Los cargos tuvieron existencia en sí misma, separada de quienes los ocupaban, siendo las personas que los ejercieron quienes desempeñaban las funciones previstas en su definición.

La tumba era el ámbito de evocación de la identidad de las personas, de su filiación y desempeño -incluso de sus recompensas-, a la vez que se invocaba que estos parientes muertos desempeñaran un rol protector a través de la oración y de las inscripciones que personas ajenas dejaban en sus tumbas (Pereyra. Com. Pers. 2014). Su otorgamiento fue una prerrogativa del estado y una de las herramientas para entablar alianzas con "algunos" miembros de la elite, a partir del cual su parentela lograba un grado de participación a través de la depositación de su momia en algún sepulcro excavado en el interior de esa estructura o de una tumba abierta en el patio. Con esto queda planteado que no todos los miembros de la elite habrían accedido al beneficio de la concesión de una tumba, por lo que es esperable que parte del rito funerario para aquellos que no lo consiguieron, hubiese tenido lugar en otros contextos funerarios y con otra materialidad.

Las referencias a los faraones en cuyos reinados se realizaron construcciones de templos y tumbas fueron una forma de construir memoria cultural (Assmann 2008) con el objeto de generar cohesión política, religiosa y social en forma inclusiva y coerción política, religiosa y militar mediante la propaganda.

En un paisaje monumentalizado, el templo del faraón gobernante se posicionaba alternadamente como nodo central de la red social. Luego de su muerte y con la construcción de otros nuevos, los templos precedentes se irían reubicando dentro de la red. Al finalizar un mandato, el templo construido por el faraón anterior dejaba de cumplir funciones. Sin embargo, la no reocupación de esos lugares actuó también como una marca en el paisaje para la evocación perceptual y discursiva, y en algunos casos para la invocación. Algunos templos, a medida que iban siendo desplazados como nodos de actividad económica, política y religiosa, mantuvieron su valoración positiva, puesto que se constata que faraones posteriores hicieron construir, por ejemplo, capillas -en honor a Seti I por Ramsés I- o colocar estatuas -en el templo de Mentuhotep II por Sesostri III- (Strudwick y Strudwick 1999:77). En cambio, las tumbas fueron pasibles de ser reasignadas a otro propietario diferente al original, pudiendo en estos casos resultar modificadas algunas inscripciones o partes de la estructura del monumento, sin obliterar la materialidad del culto del anterior beneficiario.

Lo expuesto permite pensar que en una y otra clase de construcción, la evocación de los personajes a los que estuvieron inicialmente dedicados no se perdía, salvo que hubiera una intención de cometer *damnatio memoriae*. Actividad que no habría sido una acción individual, sino conducida por grupos de poder actuando de forma corporativa o en red.

Finalmente se señala que como proceso perceptual, cognitivo y discursivo, la evocación tuvo por meta perdurar en el tiempo, mientras que de la invocación se espera un resultado concreto e inmediato, que una vez alcanzado, o bien pierde eficacia -e incluso desaparece-, o bien se transforma en evocación, como alusión a lo ocurrido, necesitando para ello de los monumentos para ligar nombres, acciones y lugares.

Bibliografía

- ASSMANN, Jan. *Religión y memoria cultural*. Buenos Aires: Ediciones Lilmod. 2008.
- BLANTON, Robert., FEINMAN, Gary., KOWALEWSKI, Stephen y Peter, PEREGRINE. *A Dual-Processual Theory for the Evolution of Mesoamerican Civilization*. Current Anthropology 37, p.1-14, 1996.
- CIENFUEGOS, Celeste y Valeria, OJEDA. *Introducción a la estructura y funcionamiento de las Enéadas tebanas: análisis de la evidencia en Dyeser Dyeseru*. NEARCO, Río de Janeiro, Vol.7, Num. I, p.74-89. 2014.
- CRIADO BOADO, Felipe. *Visibilidad e interpretación del registro arqueológico*. Trabajos de Prehistoria 50, p.39-56, 1993.
- FEINMAN, Gary. *The Emergence of Inequality. A Focus on Strategies and Processes*. En: Price, D. y G. Feinman. Foundations of Social Inequality. New York: Plenum Press, p.255-274, 1995.
- MANZI, Liliana. La jerarquización del espacio a través de la distribución de tumbas privadas en Tebas Occidental, Egipto. *Novos Trabalhos de Egiptologia Ibérica* Vol. 1, p.637-655, 2012.
- MANZI, Liliana y M. Violeta, PEREYRA. Espacios creados, espacios representados. IV Congreso de Teoría Arqueológica Sudamericana. Goiania. Brasil. MS. 2012.
- MANZI, Liliana y M. Violeta, PEREYRA. *El banquete funerario y la Bella Fiesta del Valle en Tebas occidental*. NEARCO, Río de Janeiro, Vol. 7, Num. 1, p.238-259. 2014.
- On-line Geographical Information System for the Theban Necropolis (OLGIS-TN)*. Universidad de Charleston, Santa Cruz y Serapis Research Institute, Chicago, [disponible en <http://spinner.cofc.edu/olgis/olgissearch.html>]. 2009-2010
- Pereyra, M. Violeta. *Espacio y tiempo ritual en la antigua Tebas. Consideraciones en torno a su representación (parte I)*. Revista Mundo Antigo, Vol. 1, Num. 1, p.68-85. 2012.
- PEREYRA, M. Violeta., MANZI, Liliana y Livia, BROITMAN. *La tumba tebana 49 y su propietario, en el paisaje sacralizado del occidente tebano, Egipto*. Revista Arqueología, Vol. 19, p.103-123. 2013.
- PORTER, Berta y Rosalinda, MOSS. *Topographical Bibliography of Ancient Egyptian Hieroglyphic Texts, Reliefs, and Paintings. I. The Theban Necropolis, Part 1. Private Tombs*. Oxford. 1970.

SALEH, Mohamed. *Three Old Kingdom Tombs at Thebes*. Deutsches Archäologisches Institut. Mainz am Rhein. 1977.

STRUDWICK, Nigel y Helen, STRUDWICK. *A Guide to the Tombs and Temples of Ancient Luxor*. Cornell University Press. Slovenia. 1999.

VAN DIJK, Jacobus. The Development of the Memphite Necropolis in the Post-Amarna Period. En Zivie, A. *Memphis Et Ses Nécropoles Au Nouvel Empire*. Paris: CNRS, p.37-45, 1988.